

das contra los culpables, ó supuestos tales, ese libro sería horrible, y los corazones mas empedernidos no podrían sostener su lectura (1).»

Nosotros estamos muy lejos de inclinarnos á la opinión de Hobbes, cuando dice que el hombre es naturalmente perverso, y que en su estado primitivo se le puede comparar á un niño robusto, que tiende á usar con violencia á cada paso de sus fuerzas. Pero tampoco queremos admitir la idea fundamental de Rousseau, cuando afirma en el primer capítulo de su *Emilio*, que *todo lo que nace de las manos del Autor de las cosas es bueno, y que degenera todo en las manos del hombre*. Este ser, príncipe de todo lo creado, y que con la fuerza de su imaginación recorre los espacios hasta llegar al trono del Altísimo, tiene vicios y virtudes, y si estas merecen premios y recompensas, aquellos merecen castigos y puniciones severas; pero el rigor de las leyes no debe nunca excederse en crueldades, como la historia de todos los tiempos nos demuestra haber acontecido en muchos países de este valle de miserias, en que vivimos. El principio sentado por Rousseau no es mas que el OPTIMISMO de Leibnitz, presentado bajo otra forma con gracia y elocuencia. Es muy cierto que todo lo que *nace de las manos del Autor de las cosas es bueno*, porque Dios omnipotente ni hace ni puede hacer cosas malas, pero ha dotado al hombre de su libre albedrío, á fin de que sus buenas acciones tengan mérito, y sus maldades un castigo.

Jurisconsultos é insignes filósofos han escrito obras admirables bajo todos conceptos acerca de las penas y los castigos; pero no han fijado mucho su atención en la historia de los suplicios atroces, impuestos y mandados por las leyes de algunos países. Nosotros, pues, sin meternos en discusiones áridas y espinosas acerca del particular, nos limitaremos á hablar compendiosamente de algunos suplicios horrendos, empleados en varias épocas y por distintos pueblos contra nuestra desventurada raza.

Pero antes de entrar de lleno en nuestro argumento, no queremos pasar por alto, que los castigos mas atroces los encontramos puestos en uso y prodigados mas bien en las naciones civilizadas que en las semi-bárbaras ó rudas é incultas, y que los castigos aflictivos y corporales han suplido hasta cierto punto, por lo que parece, á las multas y penas pecunarias, que figuran casi siempre en primer término en los códigos feudales de la Edad Media. Ni queremos dejar de advertir, en esta circunstancia, que la monarquía goda en España puede servir de modelo á las de muchas naciones por su buen gobierno y la dulzura de las penas. En el *Fuero Juzgo*, monumento de gloria para aquella época, hay una multitud de leyes que respiran sabiduría y cordura, y se ve al propio tiempo, que los reyes godos, que dominaron la España, impusieron mas bien penas pecunarias que aflictivas, como nos da un claro testimonio de ello el pasaje que insertamos á continuación, extractado de aquel código de leyes: «Si el juez llamare al hombre rico, y no viniere, pague de pena tres libras de oro. Si el hombre pudiese hablar palabras descomedidas, castíguele el juez en dos libras de oro: y si llamare á alguno con sayon ó portero, y no viniere, castíguele en diez sueldos de oro, cinco para él, y cinco para las partes. El que quitare el cencerro ó campanilla del buey ó vaca, pague un sueldo de oro; y si fuere carnero ó oveja, sea de plata. El que cortare leña en monte ajeno, pierda el carro y bueyes. Si el caballo ó buey entrare en la heredad y dañare, pague

dos sueldos de oro. Si llevare buey para carretear y le hiciere arar, pague una onza de oro por el gran trabajo que le dió arando mas que carreteando, y el que llevare buey sin licencia del señor para arar ó carretear, pague seis sueldos de plata. Si el hombre noble hiciere malparir la esclava de otro, dé al señor veinte sueldos de oro; y si fuese esclavo, su amo dé diez sueldos de oro.» En este trozo que acabamos de transcribir, dos veces únicamente se habla de penas aflictivas; pero de un modo tan general é indeterminado que nos da á conocer, desde luego, que esas penas no serian gravosas, sino ligeras y casi correccionales: «El que hurtare caballo ó buey, azótenle. El que echare de los pastos públicos bueyes ó caballos de carretera, castiguenle corporalmente, atento que llevan las mercaderías de una parte á otra.»

Montesquieu hablando de la exorbitancia y demasiada severidad de las penas, se espresa en esta forma: «A los hombres no se les debe llevar por los caminos estrechos, y debemos usar con discreción de los medios que la naturaleza nos da para conducirlos. Sométanse á un exámen riguroso las causas de todos los desmanes, y se verá que se originan de la impunidad de los crímenes y no de la moderación de las penas (1).» Estas pocas palabras tienen en su apoyo la experiencia de todos los siglos, y los doctos jurisconsultos no han dejado de observar que los delitos abundan mas y llevan el tinte de la perfidia y de todas las maldades, en donde las penas son mas duras y crueles.

Entre los pueblos de la mas remota antigüedad, el suplicio mas generalizado fué el de la cruz, suplicio tormentoso y muy atroz, porque el paciente agonizaba largas horas antes de morir; y con mucha frecuencia los verdugos de la victima desventurada se veian obligados á traspasarla con una lanza el costado para apresurar su dolorosa muerte. Este suplicio era el único y mas infamante en Cartago, en muchos países del Asia y en toda la Judea. En Roma se crucificaba á los extranjeros y enemigos mas obstinados. Con efecto, sabemos que Tito mandó crucificar á un crecido número de judíos, sitiando la ciudad deicida. En Roma fué un castigo muy ordinario dejar morir de hambre y sed en el fondo de lóbregos calabozos á grandes é ilustres capitanes extranjeros ó reyes, hechos alevosamente prisioneros, como sucedió al infeliz Yugurta. Los druidas, no contentándose con matar á los enemigos vencidos é inermes, les arrancaban tambien el corazón antes de morir, y este acto tan bárbaro é inhumano, lo ejecutaban con inaudita crueldad y hasta con regocijo y alegría las druidesas. Los cartagineses crucificaban á los condenados á la última pena; y á Atilio Régulo, despues de haberle cortado los párpados, y haberle espuesto al aire libre para que se le inflamáran los ojos, le metieron en un tonel atestado interiormente de clavos puntiagudos, á fin de que la muerte le fuese mas tormentosa. En la China, en ese país, cuyo supuesto gobierno paternal ponderaron en gran manera, y hasta con insensatez los pseudo-filósofos franceses del siglo pasado, en la China es un suplicio ordinario descuartizar á los hombres vivos. En 1414 se cortó la muñeca del brazo derecho á un desventurado joven parisiense, y se le declaró impio por haber quitado un tahalí de seda á San Eustaquio. A una hermosa niña idolatrada por Clodoveo, hijo primogénito de Chilperico, se le acusó de brujería, y fué empalada ante la casa de su amante por orden de la infame Fredegonda. La madre de esa infeliz niña fué conde-

(1) V. su Dic. feudal, art. *Penas*.
SEGUNDA SERIE.—1867.

(1) V. Esp. de las leyes, lib. VI., cap. XII.
AÑO XXV. 8

nada también á la hoguera como maga; y últimamente Fredegonda mandó puñalar á Clodoveo, porque había osado quejarse con amargura de sus horrendas crueldades. El célebre filósofo Giordano Bruno, fué quemado vivo en Roma, porque sus escritos propendían al panteísmo; y el parlamento de Tolosa mandó cortar la lengua y condenar á la hoguera al filósofo Vanini.

Algunos reposan en la falsa creencia de que las penas atroces, que acabamos de referir, pertenecen á la historia antigua ó á la de la Edad Media, y no á la de la Europa moderna, que es hoy la parte de mundo mas civilizada en ambos hemisferios..... ¡Lastimoso engaño!

En Francia, antes de la sangrienta revolucion de 1789, se ahorcaba á los criados que habían robado cinco cuartos; y á los ladrones menos criminales se les juzgaba con la misma severidad que á los salteadores y asesinos. El marqués de Pombal, profundo político, pero hombre de corazón pervertido y de inaudita crueldad, mandó primero dar el tormento, y luego condenó al horrendo suplicio de la rueda, al infeliz duque de Aveiro, por las vanas sospechas de una supuesta intentona de regicidio. Damiens, que quería asesinar á Luis XV de Francia, fué arrastrado por las calles de París y descuartizado por dos caballos, que corriendo en opuesta direccion, se llevaron las dos piernas del paciente, atadas á sus piés traseros; y no habiéndose separado completamente del tronco una de ellas, el verdugo que acompañaba al infortunado Damiens, le cortó los tendones de la ingle: el resto de su cuerpo, tan horrendamente mutilado, quedó largo rato en medio de la calle, y allí exhaló Damiens su última aura de vida.

Luis el Grueso mandó crucificar á Bertoldo, principal autor del asesinato de Carlos el Bueno, conde de Flandes. Luego dispuso que se le atara muy cerca un perro, y que de tiempo en tiempo se azotara al animal, á fin de que mordiera el rostro al paciente. Bajo el reinado del monarca francés, Luis XI, fueron enterradas vivas dos mujeres, y en 1302 el bailo de *Sainte-Genevieve* mandó enterrar viva á otra infortunada, porque había robado un zagalejo. «En los fastos de la ferocidad humana, dice Collin de Plancy, está escrito que en Francia fueron hervidos vivos por los años de 1550 dos monederos falsos (1).» En la Edad Media, si los siervos no ejecutaban escrupulosamente las órdenes de su señor, se les partían las orejas, y á fin de que murieran sin sucesión se les castraba. Castigábanse muy severamente sus faltas mas leves; y Sauval, dice en sus *Antigüedades de París*, que se les tendía sobre un madero, parecido á los en que se daba el tormento, con manos y piés ligados, y luego con varas delgadas, como el menique, se les regalaba con ciento veinte azotes, y que esta era la menor pena que se imponía á los siervos de uno y otro sexo.

Si uno de esos desventurados robaba dos dineros (2) ó un objeto que valiera igual cantidad, podía rescatarse de la pena, pagando veinte dineros. Si el robo ascendía á cuarenta dineros, se le castraba, á no ser que se rescatara, restituyendo el capital robado y pagando una multa de doscientos cuarenta dineros. Baltasar Gerard, que asesinó á Guillermo I, príncipe de Orange, fué condenado á la última pena, y el verdugo, en atención á la sentencia, le arrancó

el corazón antes de morir. En 1761, Juan Calás fué condenado al horrendo suplicio de la rueda, y su cadáver quemado, por la vana sospecha de que ese infeliz y su esposa habían muerto á uno de sus hijos, porque se inclinaba á abrazar la fé católica contra la voluntad de sus padres, que eran protestantes. El artículo trigésimo de un capitular de Pipino el Breve, manda que se azote á cualquier eclesiástico ó monje que osara quejarse de su obispo ó de su abad. Saint-Foix, dice en el t.º 2.º de sus *Ensayos*, que en tiempo del monarca francés Carlos V, se castigaba á los calumniadores, obligándoles á marchar en cuatro patas y á ladrar como perros, durante un cuarto de hora.

Pero todos los suplicios atroces que acabamos de referir, y la historia de otros muchos, pierden gran parte de su horror é infernal colorido, si se les compara con las penas terribles y los castigos muy crueles, que con abierta injusticia, fiera saña y espíritu de venganza, imponían los paganos á los hombres inocentísimos de toda culpa, tan solo porque adoraban al Cristo, y se negaban á sacrificar á los ídolos, falsos é imaginarios dioses. ¿No hace derramar ardorosas lágrimas á los corazones mas empedernidos la historia de los sufrimientos y la muerte horrenda de los mártires de nuestra religion santísima en los primeros siglos de la ley de gracia? ¿No hace derramar ardorosas lágrimas esa historia escrita por el ilustre Gallonio (1)? A los cristianos se les crucificaba cabizbajo; se les estiraba con violencia las piernas y los brazos; se les suspendía de un palo y se les azotaba rabiosamente; se les cortaba la lengua; se les daba el tormento, y luego se les traspasaba los miembros mas delicados con hierros candentes y puntiagudos; se les arrojaba á las fieras hambrientas para que les devoraran; se les ponía, hombres y mujeres, sin respeto al pudor, en anchos calderos, llenos de aceite hirviendo ó de pez derretida. Los mártires arrostraban con entereza la fuerza de los tormentos y rogaban al cielo por sus verdugos.

Aunque ni la índole de este periódico, ni el objeto que nos hemos propuesto en el artículo que presentamos al público, nos permiten entrar en discusiones políticas, ni emitir nuestras particulares opiniones acerca de la aplicación de las penas, nos parece muy del caso dar á conocer á los lectores que las aflictivas han de ser las menos gravosas al individuo para que tiendan mas bien á corregirle que á exasperarle y á exaltar su espíritu: la exaltación irrita ó acobarda á los que se ven sometidos á castigos excesivamente severos ó crueles. En cuanto á la última pena, los publicistas que la admiten y creen necesaria, convienen todos de consuno, en que su ejecución debe ser rápida, y no precedida ni acompañada de actos atroces é inhumanos, porque entonces, lejos de servir de ejemplo y escarmiento á los malvados, despierta sentimientos de piedad y de dolor en abono del reo y odios contra los que le han condenado. En esta circunstancia no queremos pasar por alto, que se dá todavía existencia y formas jurídicas á esta frase: *La vindicta pública exige que los grandes criminales sean severamente castigados*. Las leyes, que condenan á un criminal, representan la justicia, emanación divina, y no la venganza, pasión ruin de los hombres. Las penas, pues, cualesquiera que sean, no se apoyan en la vindicta pública, sino en la seguridad y bien de los Estados. Grocio, que sos-

(1) V. su Dic. feudal, art. *Penas*.

(2) El *dinero* era una pequeña moneda de cobre, mandada acuñar por Felipe I de Francia: su valor era la duodécima parte de un sueldo, y algo mas que la duodécima parte de un cuarto.

(1) *Tratado degli instrumenti di martirio e delle varie maniere usate dai gentili contro christiani*, opera de Antonio Gallonio, sacerdote de la congregazione del' Oratorio, etc., etc. Roma, 1591. Esta obra, clásica en su género y escrita en latin, se encuentra también traducida al italiano.

tiene con ahinco, refinado juicio y gran caudal de erudición este gran principio, se espresa del modo siguiente: «El espíritu de venganza no está conforme, bajo ningún concepto, con el derecho natural, porque la razón dice, que un hombre no debe hacer nada para que otro sufra, sino en el solo caso en que esto produzca un bien (1);» y el célebre abate Antonio Genovesi, pone término al segundo tomo de su *Deceocina ó Tratado de lo justo y de lo honesto* con los versos siguientes, que juzgamos muy del caso poner á continuación, porque hablan del odio que engendra siempre la venganza:

*Piaciavi porre giò l'odio e lo sdegno
Venti contrari alla vita serena,
E qui, ch' in altrui pena
Tempo si spende, inqualche atto più degno,
O di mano o d' ingegno,
In qualche bella lode,
In qualche onesto studio si converta.
Così quaggiù si gode,
E la strada del ciel si trova aperta (2).*

Volviendo mas de cerca á nuestro principal argumento, convenimos con los publicistas y filósofos modernos de mas renombre y merecida fama, en que la fiera de los castigos y de las penas entre los pueblos de la antigüedad se originó principalmente de dos causas: 1.ª el mal entendido y exagerado amor de patria; 2.ª la mucha imperfección de sus códigos. Los griegos calificaban de bárbaros á todos los pueblos, que no pertenecían á sus pequeñas repúblicas, y creían que era un crimen de lesa-nación ayudar y socorrer á los que habían osado atentar en algún tiempo contra la libertad de la faja de tierra que ocupaban. Con efecto, afligida la Persia de una peste desoladora, el viejo de Coe, el gran Hipócrates, dijo al monarca de aquel poderoso reino, que no se trasladaría á Persia, y que rehusaba todos sus dones, promesas y ofrecimientos, porque los persas eran enemigos naturales de Grecia, su querida patria. Los romanos en los tiempos mas florecientes de su república, calificaban de bárbaros, á excepcion de los griegos, á todos los demás pueblos del orbe; y tanto entre los helenos como entre los romanos, á los esclavos se les consideraba como seres miserables, que pertenecían á una raza casi distinta de la de los hombres libres; y cuando tenían la suerte de verse emancipados, á pesar de que llevaban el nombre de libertos, á sus herederos se les miraba siempre con menos respeto que á los hombres nacidos de padres que no habían sido esclavos, ni descendían de esta raza degradada. En Grecia y Roma sucedía, pues, lo que hoy acontece en los Estados-Unidos anglo-americanos con los cuarterones. Dáse este nombre en el nuevo hemisferio á los individuos de

ambos sexos que han nacido de padres libres, pero descendientes de esclavos. Los anglo-americanos, á pesar de que estos individuos tienen la tez blanca y casi siempre los ojos azules y el pelo rubio, como todos los que pertenecen á la raza anglo-sajona, les distinguen á primera vista y les desprecian, porque sus antiguos parientes fueron esclavos. En los dominios hispano-americanos, por el contrario, á los esclavos se les trata con caridad cristiana, y los emancipados entran, sin reserva ni deshonra, en la noble categoría de hombres libres. ¡Ah! en donde no impera la gran máxima evangélica de que todos los hombres son hermanos, que pertenecen á una misma raza, y que descienden de un mismo tronco, sea cual fuere su color, los ambiciosos de gruesas ganancias pondrán siempre en juego todos los ardides y todas las astucias que están á su alcance para esclavizar á sus semejantes y convertirlos en bestias de carga.

En la Edad Media dieron margen á grandes crueldades en la imposición de las penas y de los castigos: 1.ª la instabilidad de los gobiernos, y principalmente la de las repúblicas tumultuosas y desordenadas, que fomentaban odios y rencores particulares, como nos lo da á conocer Dante en su *INFIERNO*, y con especialidad cuando nos habla de la muerte terrible del conde Ugolino y de sus inocentes hijos en la *Torre del Hambre*: 2.ª las guerras religiosas. Si tal vez los católicos se excedieron en ellas por demasiado celo, no olvidemos que les llevaron á tan duro paso los protestantes, ni queremos pasar por alto en esta circunstancia, que la reforma inició y promovió la guerra destructora de los Treinta años, como no lo ignoran los que han profundizado las historias.

En el siglo pasado, y durante la época del terrorismo en Francia figuran suplicios en la escala de las penas, que hacen estremecer la naturaleza; pero nosotros, aunque estamos muy lejos de disculpar las crueldades y los actos atroces, vamos á consignar en estas columnas unas pocas reflexiones que juzgamos muy del caso. El reducido número de delitos cruelmente castigados antes de la revolución francesa de 1789 debemos atribuirlo á los últimos restos de las ideas de los antiguos criminalistas, los cuales creían equivocadamente que el tormento y la dureza de las penas eran un saludable escarmiento para la sociedad, no penetrados del gran principio, de que la crueldad despierta sentimientos piadosos en abono de los criminales, en vez de aborrecimiento á los delitos. En cuanto á la época del terrorismo, es un caso funestamente excepcional, un caso fatalísimo, el cual nos demuestra, que el hombre se convierte en canibal y en fiera cuando llega á sofocar en sus infames delirios todos los sentimientos de religión, de moralidad y de amor á sus semejantes.

SALVADOR COSTANZO.

VENECIA.

Muchas veces hemos hablado á nuestros lectores de Venecia, de esa ciudad hermosa, reina del Adriático, que nosotros hemos visitado cuando para llegar á ella era preciso embarcarse en una góndola desde Fusino para verla salir de entre sus lagunas bella y hermosa, cual la diosa de los amores de entre las espumas del mar.

Nosotros la hemos visitado cuando era austriaca, cuando

(1) V. Grocio *De jure belli ac pacis*, t.º 2.º, lib. 2.º, cap. 20, página 50., traducido al francés por Barbeyrac, Basilea, 1768.

(2) *Os plazca sofocar el odio y el desden, vientos contrarios á la vida serena, y el tiempo que se emplea en dar pena á los demás que se emplee en algún acto mas digno, producto del arte ó ingenio, en algún bello elogio, en algún honesto estudio. Así en este mundo se goza, y se encuentra allanado el camino del cielo.*

El odio y la venganza son las dos malas pasiones que se oponen mas directamente á la caridad cristiana, como se pretende, pues, que bajo el nombre de vindicta pública sirvan de base á la imposición de las penas y de los fallos jurídicos, que no tienen mas punto de partida ni mas norte que la justicia, la cual castiga y no odia?

yacia en el silencio de sus lagunas, en el abatimiento de una ciudad muerta.

Hoy Venecia está unida al continente por un larguísimo puente sobre el que hay un ferro-carril, y es una ciudad italiana libre y que respira despues de largos años que ha pesado sobre ella la mano de hierro del Austria.

Hoy hay allí movimiento, vida, ruido.

En lo fisico Venecia no ha sufrido mudanza alguna: sus calles, calles de agua porque son canales, sus palacios, sus

espléndidos y gigantescos muelles, tienen siempre el mismo carácter antiguo y grandioso, que hace de la reina del Adriático una ciudad única y singular en el mundo.

En lo moral toda la ciudad es nueva y renovada. No es alemana, pero tampoco es todavía italiana. Es libre, en una palabra, no como una viuda porque siente muy poco la pérdida de su último esposo, sino como una jóven emancipada, dueña de sus acciones y gozosa con su libertad.

Inútil sería el intentar pintar esta alegría; está en todas



Aguadora veneciana.

las miradas, sobre todos los rostros, iluminando todas las edades, impresa en todos los trajes, y todas las tiendas están adornadas de guirnaldas.

Los artistas, los obreros, las gentes acomodadas, todos llevan en el hojal de sus vestidos una flor.

Las aguadoras, ese tipo antiguo que aun hoy se conserva allí en toda su pureza, llevan en sus sombreros de paja ramos con los tres colores, lo que da á sus frentes, ya tan lindas por sí mismas, una fisonomía alegre y particular.

Ya en otra ocasion hemos hablado de las fuentes de Venecia, y aun hemos dado á nuestros lectores una estampa

de color representando las fuentes y las lindas aguadoras venecianas, cuyo tipo reproducimos hoy con el adorno que llevan desde que se han agregado á Italia.

El jardin público, en otro tiempo desierto á pesar de ser un paseo encantador, hoy se halla tan poblado como el *Pincio* de Roma, ó las *Cacinas* de Florencia, ó nuestro *Prado* de Madrid.

Es el punto de reunion diaria de todos los italianos y forasteros que van á buscar el fresco en aquel extremo, de Venecia en plena laguna, y muchos en aquel momento entran á visitar el arsenal, objeto de terror antes, como en

otro tiempo lo había sido de la gloria y justo orgullo de Venecia, y hoy museo de extraordinarias y raras curiosidades.

Aun recordarán nuestros lectores que en este antiguo é inmenso edificio se verificó la conjuración de Venecia, de que hizo un lindo y pavoroso drama nuestro inmortal Martínez de la Rosa, y que tan bien interpretaban nuestros célebres actores Carlos Latorre y la Concepción Rodríguez, esas dos glorias de la escena española.

Tal como estaba entonces hace mas de dos siglos este

edificio tal permanece todavía hoy, con las solas restauraciones que hizo el gobierno austriaco.

Hoy entregado á Venecia, que ha conseguido su independencia al agregarse en el año anterior al reino de Italia, será su antemural y defensa en vez de ser su constante amenaza, y siempre será para nosotros los extranjeros un admirable y rico museo de todas épocas.

Allí se ven colocados en su entrada los cuatro leones de mármol trasportados desde Grecia por Morosini el Pe-



Antiguo Arsenal de Venecia.

loponesiano en el siglo XVII (1677) y cogidos en el Pireo. Allí se admira la Virgen de Sansovino.

Allí se contemplan las maravillosas salas de armas que encierran el monumento del grande almirante Angel Hemo, muerto en 1792, obra inmortal del célebre Cánova.

Allí tocamos con nuestras manos la armadura del rey Enrique IV de Francia, que la regaló á la república cuando fué admitido como patricio é inscrito su nombre en el libro de oro.

Contemplamos el modelo del *Bucsentauro*, todo dorado,

y el casco grandioso todavía á pesar de su destrozo, de este buque, en que salían á la mar todos los años los antiguos duxes de Venecia en el día de la Asunción á celebrar sus bodas simbólicas con el Adriático.

En este museo hay vastos arsenales cubiertos para construir los buques, las dársenas, inmensos talleres y almacenes de armas con que poder equipar y armar en un día á la mitad de los habitantes de Venecia.

Estos inmensos talleres, que hoy pertenecen ya á Venecia, aseguran á los infelices obreros una cómoda y holgada

existencia, no viéndose como antes obligados para ganar su pan á forjar armas para el extranjero y destinadas á esclavizar su patria.

En este arsenal ocupaba el Austria dos ó tres mil obreros.

Comenzado este edificio, del que presentamos la linda vista á nuestros lectores, en el año 1304 por Andrés Pisano, se continuó en diversas épocas, y está rodeado de fuertes murallas y de torres.

Su entrada, como pueden ver los lectores, se distingue por cuatro columnas de mármol.

El arco está adornado de esculturas de los discípulos de Sansovino, entre otras de una estatua de Santa Justina de Campagna, que fué añadida despues de la victoria célebre de Lepanto, alcanzada sobre los turcos el 7 de octubre de 1571, y en que mandaba las escuadras cristianas reunidas el hijo de Carlos V y hermano de Felipe II, don Juan de Austria.

A los dos lados de la balaustrada están los cuatro célebres leones griegos.

Una elegante verja de hierro, aunque de construcción moderna, cierra la entrada del pórtico.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SAN PEDRO DE ARMENGOL.

I.

En la ramificación montañosa de la cordillera Pirenaica, que pudiéramos denominar Pirineos Catalanes, no lejos de Cornudella, se dejaba sentir una mañana de hácia mediados del siglo XII, gran tropel de perros y ojeadores, á la vez que marcial estruendo de trompas de caza, turbando en sus camas y madrigueras á las alimañas y bestias bravas de aquellas fragosidades, arrojadas tan á deshora por las cañadas y salidas del bosque, donde la saeta del ballettero así daba fin al rapaz lobo de sanguinarios instintos como á la inocente cervatilla, modelo por su dulzura de apacible y mansa condición.

Dirigía la batida el muy respetado baron de Pertús, don Guillen de Fluviá, favorito del rey Jaime I, á cuyo lado gozaba privanza sin rival, adquirida por su gallardo brio en las continuas lides en que siempre fué de los primeros á la intermediación del monarca, apreciador cual ninguno de los hombres arrojados, que tan necesarios consideraba para llevar á buen remate las empresas contra los africanos, en que no se daba un momento de vagar, ni tampoco permitió concederle á la morisma durante su largo reinado.

Aunque menos apercibido, andaba por la espesura otro nobilísimo caballero, tomando grato solaz en el mismo agradable ejercicio, asistido solamente de corto número de alegres camaradas y no mayor séquito de monteros y sabuesos, enseñados á maravilla á buscar la pista por la huella ó viento, pararse de muestra, seguir la pieza hasta lograr alcanzarla, y herida ó muerta guardarla para su dueño, á trueque de algunas caricias, único galardón á que aspiraban por su afanoso trabajo.

Este segundo cazador era el joven Pedro de Armengol, hijo de Arnaldo, miembro de una ilustre familia enlazada

con los condes de Barcelona y los reyes de Francia, Castilla y Aragón. Diéronle sus padres una educación piadosa y cristiana, sin dejar por eso de criarle con el regalo correspondiente á su elevado nacimiento, ni negarle mucho menos la tolerancia otorgada generalmente á un hijo único y deseado, en quien se cifran gratas esperanzas para el porvenir. Tuvo la desgracia de perder á su madre en edad muy temprana, pero no fué necesario mas tiempo para dejar arraigada en el alma del mancebo una devoción ardiente á María Santísima, á la que nunca olvidó en medio de los devaneos de su borrascosa juventud. Porque debemos manifestar que creciendo en edad y encargado á la vigilancia de un ayo mercenario, fueron grandes los escesos á que Armengol se abandonó, libre de todo respeto que le pusiera freno.

En efecto, ocupado su padre en las continuas campañas á que le llamaba su estado, supo con sentimiento que su hijo ponía raya entre los de su clase por su desordenada conducta. Quiso corregirle y vino de la corte á reprenderle severamente, pero el mozo, respetando siempre las amonestaciones y á quien las daba, por mas que hiciesen poca impresión en su ánimo, le decía con chunga para desvanecer su descontento:—Juzgo, señor, que andais poco acertado en esto de lamentar mi proceder. Ya recordais que se hallaba presente cuando yo nací, el venerable padre mercenario fray Bernardo de Corbera, y cogiéndome en sus brazos profetizó á vuestra señoría con voz solemne que aquel niño sería santo por un patíbulo; de consiguiente bien claro se manifiesta que si adoptase la vida de un monje vistiendo la cogulla de penitente en algun monasterio del yermo, mal podría realizarse el alto destino para que soy llamado.—Recuerdo ese favorable vaticinio, respondió Arnaldo, y creo desde luego lo del patíbulo, según te veo empeñado en locas temeridades, pero lo de santo, por nuestra Señora del Puig, que tengo desconfianza se verifique, á pesar del pronóstico de aquel varón de vida tan ejemplar.

Es necesario advertir que los desafueros de Armengol, llevaban tal carácter de grandeza y buen tono, como diríamos ahora, que siempre conseguía indulgencia para ellos, cuando llegaba el caso de aplicarlos correctivo las personas encargadas de administrar justicia. El monarca mismo holgábase muchas veces con los rasgos de bizarra independencia que solían contarle del gallardo heredero, en quien veía con satisfacción un excelente paladin, cortado según él los apetecía, sin miedo ni tacha, según entonces eran necesarios para recobrar lo perdido y conservar lo conquistado á fuerza de incesante batallar.

En efecto, altivo con los superiores, arrogante con los iguales y afable con los humildes, llevaba tras sí Pedro de Armengol el aprecio general, como también las miradas seductoras de cuantas hermosuras nobles ó plebeyas ornaban con su belleza la ciudad de Tarragona y su estendida campiña, sin dársele ningun cuidado por la malquerencia de los émulo que á menudo le suscitaba su buena fortuna, pues con los mas atrevidos estaba siempre dispuesto á quebrar una lanza ó cambiar algunos tajos ó mando les, y entre los de menos empuje, ocasion hubo que su generosidad hizo leales amigos de vengativos contrarios.

Tales circunstancias y propiedades formaban el conjunto de la persona á quien don Guillen de Fluviá sorprendió con su numeroso aparato venatorio en los montes de Cornudella, de los cuales hubiera tenido á mengua retroce-

der Armengol porque otro se le hubiera anticipado; solo si determinó apartarse algún tanto del círculo que formaban los ojeadores, atendiendo la propia conveniencia mas bien que ningún otro género de consideraciones.

Pero quiso la suerte que un jabali levantado por los sabuesos del fangal en que se revolcaba, acertase á encaminar su ciega carrera por la senda donde paraba nuestro hidalgo, el que sin esperar otra cosa salió al encuentro aparejando un aguzado venablo, con tan buena maña y gentil desembarazo que á los pocos momentos yacia la bestia desangrándose sobre la tierra atravesado el ijar con una mortal herida.

¡Oh y cuán grande fué la cólera del baron del Pertús cuando llegado al sitio de la escena vió muerta por un advenedizo la pieza en cuyo seguimiento cercano corría empuñado desde largo trecho, sin haber conseguido mas que rozar su piel al cabo de tanta fatiga!

Cautiva criatura, exclamó fuera de sí, afrenta de tu linaje, ya te conozco; vas á recibir el castigo que merecen tus malas acciones, aprendiendo al mismo tiempo como está obligado á respetar las leyes de la caza un solariego cual tú eres, en presencia de los próceres de mi estirpe.

Y dirigiendo su corcel hácia el joven, le hubiera sacudido con el regatón de la lanza que llevaba enarbolada, á no prevenirle Armengol recibiendo el golpe en el asta del venablo, acometiendo á su vez al que tan mal le trataba, con intención de atravesarle de parte á parte.

Dichoso pudo llamarse don Guillen en salir de aquella pendencia con una ligera herida y una buena costalada que recibió arrojándose del caballo para evitar la ruda embestida de Armengol, quien descabalgando á toda prisa hubiera en un punto terminado la cuestión y la vida de su adversario á no interponerse varios de los presentes, que contuvieron algún tanto, sin conseguir aplacar la ira de uno y otro enemigo.

Pasada la sorpresa del momento amenazaba tomar la querrela mayores proporciones. Al frente los dos bandos llegó el caso de disputar la posesión del jabali: de nuevo tornaron á relucir las armas; los parciales del magnate acudían por todas las sendas del bosque estrechando á los escasos compañeros de Armengol, sin dejarles mas alternativa que la humillación ó una desesperada resistencia. Por el último extremo se resolvieron, pues era gente audaz y valerosa que hubiera sacrificado la existencia antes de permitir á la opinión darlos en rostro por haber contado el número de sus contrarios. La situación había llegado al extremo en que una voz, cualquier amenaza, el mas leve insulto provocaría sangrientas consecuencias. Armengol entonces, apreciando las cosas en su justo valor, volvióse á los suyos y conteniendo la ira, les dirigió esta plática breve y terrible:

—Amigos: solo conseguiríamos dar una fácil victoria á nuestros contrarios y acreditarnos de locos al lidiar con tanta desventaja. Si el corazón de alguno, sediento de venganza, quiere tomarla cumplida, resérvese para mejores días y sigame determinado, que yo le ofrezco satisfacer su deseo á despecho de cuantas dificultades se presenten para impedirlo.

Y al decir esto, dando espuelas al caballo, rompió por medio de todos, acompañado de mucha parte de los suyos, dejando á los contrarios dueños del campo, mientras ellos se internaban en lo mas agreste de la sierra.

II.

No tardó mucho en saberse que Pedro de Armengol, unido á las numerosas cuadrillas que infestaban la montaña, ponía la tierra á contribución, bajando muchas veces á ejercer sus correrías en la llanura con un temerario arrojo cual nunca se había conocido en gente por lo comun mas práctica en desvalijar caminantes que aficionada á lances de guerra. Cierta noche á costa de una marcha rápida llegó hasta una quinta del baron del Pertús, á la inmediación de Tarragona, sabiendo que habitaba en ella su poderoso enemigo. Desdeñando asaltarla de rebato, mandó á su contrario un cartel de desafío dándole seguro, ofreciéndose á trocar rehenes y convidándole por último á señalar condiciones para terminar entrambos sus diferencias como buenos, segun entonces era costumbre. Pero el orgulloso caballero se negó á dar contestación alguna, pasando las dos horas que señaló de plazo el retador, en prepararse para la embestida que no dudaba se realizaria de seguro.

Cuando los asaltadores llegaron al pié de la casa lo hallaron todo apercebido á la defensa. Barreadas las puertas, aspilleras las ventanas, y los escuderos y servidores animados por la presencia de su dueño y las recompensas que no era corto en prometer á los que viese cumplir cual de ellos esperaba.—Son c analla ruin, decia, y no serán osados á combatir á pecho descubierto; tentado estoy por salir á buscarlos á pesar de no conocer su número.

Mejor hubiera obrado en acortar de razones y activar los preparativos, pues antes de terminados vinieron á decirle que los bandoleros cercaban la casa por todas partes. Cada cual acude á su puesto y una lluvia de armas arrojadizas cae sobre la columna invasora, que si bien la recibe guarecida con los escudos, se detiene, vuela sobre si misma cual una serpiente herida y los mas avanzados retroceden deslizándose por los flancos hasta buscar refugio entre los últimos. La tropa de don Guillen multiplica sus disparos, aturde á los enemigos con gritos de victoria, pide salir á campo abierto y los salteadores sucumben amilanados y sin defensa bajo los tiros que ni aun aciertan á evitar segun están confusos y aturridos.

Mas Pedro de Armengol acudiendo ligero desde un punto donde había quedado en reserva, detiene á los que huían, infunde aliento en los cobardes, escita el valor de los animosos con denuestos ofensivos, y puesto al frente de aquellos hombres exasperados, avanza y toca las cerradas puertas. Entonces hace dar fuego á una gran cantidad de ramaje que los suyos habían llevado á prevención, y la inmensa llama iluminando los campos vecinos, anuncia el término fatal de la quinta y sus defensores. Ninguno se movió en su ayuda, pues era temible irritar la cólera de los almogávares montañeses, además de que un círculo de ballesteros así cuidaba de ahuyentar cualquier socorro que pudiese venir de fuera como impedía á los defensores aparecer en las ventanas y buhardas.

Al poco rato, los postigos, cayendo desplomados, aumentaron con sus encendidos leños la voracidad del incendio, que hacia semejar la entrada el cráter de un volcan. Quedó la pelea suspendida por un momento replegados al interior los de don Guillen y no siendo posible á las cuadrillas adelantar por medio de la hoguera, hasta que apenas amortiguada lánzase con mayor rudeza y todo lo pasan á cuchillo; rompen, destrozan, matan con ciega furia, nadie detiene su carrera, pues Armengol llevado en alas de su

existencia, no viéndose como antes obligados para ganar su pan á forjar armas para el extranjero y destinadas á esclavizar su patria.

En este arsenal ocupaba el Austria dos ó tres mil obreros.

Comenzado este edificio, del que presentamos la linda vista á nuestros lectores, en el año 1304 por Andrés Pisano, se continuó en diversas épocas, y está rodeado de fuertes murallas y de torres.

Su entrada, como pueden ver los lectores, se distingue por cuatro columnas de mármol.

El arco está adornado de esculturas de los discípulos de Sansovino, entre otras de una estatua de Santa Justina de Campagna, que fué añadida despues de la victoria célebre de Lepanto, alcanzada sobre los turcos el 7 de octubre de 1571, y en que mandaba las escuadras cristianas reunidas el hijo de Carlos V y hermano de Felipe II, don Juan de Austria.

A los dos lados de la balaustrada están los cuatro célebres leones griegos.

Una elegante verja de hierro, aunque de construcción moderna, cierra la entrada del pórtico.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SAN PEDRO DE ARMENGOL.

I.

En la ramificación montañosa de la cordillera Pirenaica, que pudiéramos denominar Pirineos Catalanes, no lejos de Cornudella, se dejaba sentir una mañana de hácia mediados del siglo XII, gran tropel de perros y ojeadores, á la vez que marcial estruendo de trompas de caza, turbando en sus camas y madrigueras á las alimañas y bestias bravas de aquellas fragosidades, arrojadas tan á deshora por las cañadas y salidas del bosque, donde la saeta del balles-tero así daba fin al rapaz lobo de sanguinarios instintos como á la inocente cervatilla, modelo por su dulzura de apacible y mansa condición.

Dirigia la batida el muy respetado baron de Pertús, don Guillen de Fluviá, favorito del rey Jaime I, á cuyo lado gozaba privanza sin rival, adquirida por su gallardo brio en las continuas lides en que siempre fué de los primeros á la intermediación del monarca, apreciador cual ninguno de los hombres arrojados, que tan necesarios consideraba para llevar á buen remate las empresas contra los africanos, en que no se daba un momento de vagar, ni tampoco permitió concederle á la morisma durante su largo reinado.

Aunque menos apercebido, andaba por la espesura otro nobilísimo caballero, tomando grato solaz en el mismo agradable ejercicio, asistido solamente de corto número de alegres camaradas y no mayor séquito de monteros y sabuesos, enseñados á maravilla á buscar la pista por la huella ó viento, pararse de muestra, seguir la pieza hasta lograr alcanzarla, y herida ó muerta guardarla para su dueño, á trueque de algunas caricias, único galardón á que aspiraban por su afanoso trabajo.

Este segundo cazador era el joven Pedro de Armengol, hijo de Arnaldo, miembro de una ilustre familia enlazada

con los condes de Barcelona y los reyes de Francia, Castilla y Aragon. Diéronle sus padres una educación piadosa y cristiana, sin dejar por eso de criarle con el regalo correspondiente á su elevado nacimiento, ni negarle mucho menos la tolerancia otorgada generalmente á un hijo único y deseado, en quien se cifran gratas esperanzas para el porvenir. Tuvo la desgracia de perder á su madre en edad muy temprana, pero no fué necesario mas tiempo para dejar arraigada en el alma del mancebo una devoción ardiente á María Santísima, á la que nunca olvidó en medio de los devaneos de su borrascosa juventud. Porque debemos manifestar que creciendo en edad y encargado á la vigilancia de un ayo mercenario, fueron grandes los escesos á que Armengol se abandonó, libre de todo respeto que le pusiera freno.

En efecto, ocupado su padre en las continuas campañas á que le llamaba su estado, supo con sentimiento que su hijo ponía raya entre los de su clase por su desordenada conducta. Quiso corregirle y vino de la corte á reprenderle severamente, pero el mozo, respetando siempre las amonestaciones y á quien las daba, por mas que hiciesen poca impresión en su ánimo, le decía con chunga para desvanecer su descontento:—Juzgo, señor, que andáis poco acertado en esto de lamentar mi proceder. Ya recordáis que se hallaba presente cuando yo nací, el venerable padre mercenario fray Bernardo de Corbera, y cogiéndome en sus brazos profetizó á vuestra señoría con voz solemne que aquel niño sería santo por un patibulo; de consiguiente bien claro se manifiesta que si adoptase la vida de un monje vistiendo la cogulla de penitente en algun monasterio del yermo, mal podría realizarse el alto destino para que soy llamado.—Recuerdo ese favorable vaticinio, respondió Arnaldo, y creo desde luego lo del patibulo, segun te veo empeñado en locas temeridades, pero lo de santo, por nuestra Señora del Puig, que tengo desconfianza se verifique, á pesar del pronóstico de aquel varon de vida tan ejemplar.

Es necesario advertir que los desafueros de Armengol, llevaban tal carácter de grandeza y buen tono, como diríamos ahora, que siempre conseguia indulgencia para ellos, cuando llegaba el caso de aplicarlos correctivo las personas encargadas de administrar justicia. El monarca mismo holgábase muchas veces con los rasgos de bizarra independencia que solian contarle del gallardo heredero, en quien veía con satisfacción un excelente paladín, cortado segun él los apetecía, sin miedo ni tacha, segun entonces eran necesarios para recobrar lo perdido y conservar lo conquistado á fuerza de incesante batallar.

En efecto, altivo con los superiores, arrogante con los iguales y afable con los humildes, llevaba tras sí Pedro de Armengol el aprecio general, como tambien las miradas seductoras de cuantas hermosuras nobles ó plebeyas ornaban con su belleza la ciudad de Tarragona y su estendida campiña, sin dársele ningun cuidado por la malquerencia de los émulo que á menudo le suscitaba su buena fortuna, pues con los mas atrevidos estaba siempre dispuesto á quebrar una lanza ó cambiar algunos tajos ó mando' les, y entre los de menos empuje, ocasion hubo que su generosidad hizo leales amigos de vengativos contrarios.

Tales circunstancias y propiedades formaban el conjunto de la persona á quien don Guillen de Fluviá sorprendió con su numeroso aparato venatorio en los montes de Cornudella, de los cuales hubiera tenido á mengua retroce-

der Armengol porque otro se le hubiera anticipado; solo si determinó apartarse algun tanto del círculo que formaban los ojeadores, atendiendo la propia conveniencia mas bien que ningún otro género de consideraciones.

Pero quiso la suerte que un jabali levantado por los sabuesos del fangal en que se revolcaba, acertase á encaminar su ciega carrera por la senda donde paraba nuestro hidalgo, el que sin esperar otra cosa salió al encuentro aparejando un aguzado venablo, con tan buena maña y gentil desembarazo que á los pocos momentos yacía la bestia desangrándose sobre la tierra atravesado el ijar con una mortal herida.

¡Oh! y cuán grande fué la cólera del baron del Pertús cuando llegado al sitio de la escena vió muerta por un advenedizo la pieza en cuyo seguimiento cercano corria empeñado desde largo trecho, sin haber conseguido mas que rozar su piel al cabo de tanta fatiga!

—Cautiva criatura, exclamó fuera de sí, afrenta de tu linaje, ya te conozco; vas á recibir el castigo que merecen tus malas acciones, aprendiendo al mismo tiempo como está obligado á respetar las leyes de la caza un solariego cual tú eres, en preseneia de los próceres de mi estirpe.

Y dirigiendo su corcel hácia el jóven, le hubiera sacudido con el regaton de la lanza que llevaba enarbolada, á no prevenirle Armengol recibiendo el golpe en el asta del venablo, acometiendo á su vez al que tan mal le trataba, con intencion de atravesarle de parte á parte.

Dichoso pudo llamarse don Guillen en salir de aquella pendencia con una ligera herida y una buena costalada que recibió arrojándose del caballo para evitar la ruda embestida de Armengol, quien descabalgando á toda prisa hubiera en un punto terminado la cuestion y la vida de su adversario á no interponerse varios de los presentes, que contuvieron algun tanto, sin conseguir aplacar la ira de uno y otro enemigo.

Pasada la sorpresa del momento amenazaba tomar la querella mayores proporciones. Al frente los dos bandos llegó el caso de disputar la posesion del jabali: de nuevo tornaron á relucir las armas; los parciales del magnate acudían por todas las sendas del bosque estrechando á los escasos compañeros de Armengol, sin dejarles mas alternativa que la humillacion ó una desesperada resistencia. Por el último extremo se resolvieron, pues era gente audaz y valerosa que hubiera sacrificado la existencia antes de permitir á la opinion darlos en rostro por haber contado el número de sus contrarios. La situacion habia llegado al extremo en que una voz, cualquier amenaza, el mas leve insulto provocaría sangrientas consecuencias. Armengol entonces, apreciando las cosas en su justo valor, volvióse á los suyos y conteniendo la ira, les dirigió esta plática breve y terrible:

—Amigos: solo conseguiríamos dar una fácil victoria á nuestros contrarios y acreditarnos de locos al lidiar con tanta desventaja. Si el corazon de alguno, sediento de venganza, quiere tomarla cumplida, resérvese para mejores dias y sígase determinado, que yo le ofrezco satisfacer su desco á despecho de cuantas dificultades se presenten para impedirlo.

Y al decir esto, dando espuelas al caballo, rompió por medio de todos, acompañado de mucha parte de los suyos, dejando á los contrarios dueños del campo, mientras ellos se internaban en lo mas agreste de la sierra.

II.

No tardó mucho en saberse que Pedro de Armengol, unido á las numerosas cuadrillas que infestaban la montaña, ponía la tierra á contribucion, bajando muchas veces á ejercer sus correrías en la llanura con un temerario arrojo cual nunca se habia conocido en gente por lo comun mas práctica en desvalijar caminantes que aficionada á lances de guerra. Cierta noche á costa de una marcha rápida llegó hasta una quinta del baron del Per tú, á la inmediacion de Tarragona, sabiendo que habitaba en ella su poderoso enemigo. Desdeñando asaltarla de rebato, mandó á su contrario un cartel de desafio dándole seguro, ofreciéndose á trocar rehenes y convidándole por último á señalar condiciones para terminar entrambos sus diferencias como buenos, segun entonces era costumbre. Pero el orgulloso caballero se negó á dar contestacion alguna, pasando las dos horas que señaló de plazo el retador, en prepararse para la embestida que no dudaba se realizaria de seguro.

Cuando los asaltadores llegaron al pié de la casa lo hallaron todo apercebido á la defensa. Barreadas las puertas, aspilleras las ventanas, y los escuderos y servidores animados por la presencia de su dueño y las recompensas que no era corto en prometer á los que viesse cumplir cual de ellos esperaba.—Son c analla ruin, decia, y no serán osados á combatir á pecho descubierto; tentado estoy por salir á buscarlos á pesar de no conocer su número.

Mejor hubiera obrado en acortar de razones y activar los preparativos, pues antes de terminados vinieron á decirle que los bandoleros cercaban la casa por todas partes. Cada cual acude á su puesto y una lluvia de armas arrojadizas cae sobre la columna invasora, que si bien la recibe guarecida con los escudos, se detiene, vuelve sobre si misma cual una serpiente herida y los mas avanzados retroceden deslizándose por los flancos hasta buscar refugio entre los últimos. La tropa de don Guillen multiplica sus disparos, aturde á los enemigos con gritos de victoria, pide salir á campo abierto y los salteadores sucumben amilanados y sin defensa bajo los tiros que ni aun aciertan á evitar segun están confusos y aturridos.

Mas Pedro de Armengol acudiendo ligero desde un punto donde habia quedado en reserva, detiene á los que huían, infunde aliento en los cobardes, escita el valor de los animosos con denuestos ofensivos, y puesto al frente de aquellos hombres exasperados, avanza y toca las cerradas puertas. Entonces hace dar fuego á una gran cantidad de ramaje que los suyos habian llevado á prevencion, y la inmensa llama iluminando los campos vecinos, anuncia el término fatal de la quinta y sus defensores. Ninguno se movió en su ayuda, pues era temible irritar la cólera de los almogávares montañeses, además de que un círculo de ballesteros así cuidaba de ahuyentar cualquier socorro que pudiese venir de fuera como impedía á los defensores aparecer en las ventanas y buhardas.

Al poco rato, los postigos, cayendo desplomados, aumentaron con sus encendidos leños la voracidad del incendio, que hacia semejar la entrada el cráter de un volcan. Quedó la pelea suspendida por un momento replegados al interior los de don Guillen y no siendo posible á las cuadrillas adelantar por medio de la hoguera, hasta que apenas amortiguada lánzanse con mayor rudeza y todo lo pasan á cuchillo; rompen, destrozan, matan con ciega furia, nadie detiene su carrera, pues Armengol llevado en alas de su

venganza, penetra por salas y aposentos en solicitud del baron, que viendo perdida la jornada sálese al campo huyendo disfrazado con humilde traje, abandonando su casa y cuanto encierra á merced de los enfurecidos vencedores.

Dejémosle nosotros poner en salvo con mas prisa de la requerida en hombres de su calidad, y sepamos el paradero de la baronesa y dos hijas doncellas que, amedrentadas con el estruendo, sofocadas por el humo, lloran su desgracia en un apartado retrete adonde llegaron fugitivas de cuarto en cuarto sin poderse ocultar de los bandoleros, ávidos de tan buena presa.

Haciendo mofa de sus lágrimas las obligan á marchar con ellos:—Allá en nuestro campamento descansareis, les decían; luego hasta el mar hay un pequeño paseo, y una vez allí no faltará algun arraez á quien venderos. ¿Y llorais por eso? ¡voto á las habuchas de Mahoma! pues no es ventajosa vuestra suerte cuando por un marido que pierde una de vosotras encontráis infinitos para las tres en esas tierras donde las mujeres pasan de mano en mano con la misma facilidad que por acá la moneda de buena ley!—Así burlándose insultaban á las desgraciadas obligándolas á seguirlos con palabras soces y malos tratamientos.

—¡Oh Virgen santísima, exclamó la baronesa, ampáranos en el duro trance que nos vemos y recibe nuestra vida pura y limpia de afrentosa mancilla!

Una voz clara y varonil resonó inmediatamente á lo último de la pieza.

—¿Quién se atreve á invocar el dulce nombre de la Madre de Dios en esta infernal confusion?

Los bandoleros se apartan con respeto y Pedro de Armengol se adelanta cubierto de todas armas, y empuñando la espada vengadora que tan funesta gloria le alcanzó aquel día. Vió á las damas oprimidas por la cintura con una grosera cuerda, bajó su rostro cubierto de vergüenza y tristeza, desató él mismo las toscas ligaduras y alzándose despues airado y fiero dijo así revolviendo la vista en torno suyo:

—Fementida canalla, que así os cebais en débiles mujeres cuando vuestros compañeros, corriendo en busca del peligro, toman satisfaccion de agravios, imposibles de tolerar á un corazon generoso; poneos á merced de las señoras á quien habeis ofendido con torpeza, y despues de perdonados por ellas, las servireis de guarda hasta dejarlas en lugar de su eleccion.

Algunos murmullos le hicieron tomar de nuevo la palabra.

—¿Hay alguien tan desesperado que dude obedecer mis órdenes?

—Por vida del dios Baco, que sois muy generoso con la hacienda del prójimo, contestó un antiguo bandido de los mas autorizados entre los peores, estas mozas son nuestra presa y nadie nos las ha de quitar.

—Esto es lo que nadie podrá quitarte, repuso Armengol enfurecido, dando al rebelde una cuchillada tan firme y terrible que sin darle tiempo de pronunciar palabra le tendió muerto á sus piés.

Aquel ejemplo de severa energia unido al alto concepto que disfrutaba el jóven entre aquella gente, desvaneció hasta la mas pequeña sombra de insubordinacion; verdad es que ya contaba á su lado con suficiente número de fieles y decididos partidarios que hubieran hecho entrar en razon á los contumaces.

—Viva nuestro adalid, gritaron á una voz; que mande y nosotros obedeceremos.

Despues de corresponder á sus aclamaciones con un ligero movimiento de cabeza, se volvió á la baronesa y sus hijas, á quienes las escenas que presenciaban casi habian hecho perder el sentido.

—Recobrad la tranquilidad, les dijo, ilustre señoras; vuestras personas serán respetadas, y antes de mucho os hallareis en Tarragona en compañía de don Guillen, que hace rato cuidó de ponerse á buen recaudo. Diga luego la fama que si fui vengativo al destrozar la casa que habitabais nunca olvidé las obligaciones de un caballero cristiano para con las mujeres sin amparo.

Con esto dió á sus bandas la órden de recoger antes que amaneciese, y tomaron el camino de la villa de Prades, satisfechas de la correría por el rico botín que hicieron en ella.

III.

La resolucion adoptada por Armengol de acaudillar gente desalmada y allegadiza para satisfacer agravios particulares, haciendo la guerra por su cuenta y riesgo, sin mas ley que su propia voluntad, ni carecia en aquella época de ejemplos anteriores, ni habian de faltarle tampoco en lo sucesivo. Lo mal deslindado de las facultades gubernativas, la infinidad de privilegios y fueros particulares que constituian á muchos señores, y aun á poblaciones enteras, independientes de toda sujecion á un centro comun, y mas que todo, el prestigio y hasta cariñoso interés concedido por la opinion general al hombre animoso que se lanzaba á luchar él solo contra todos, á quien miraban como el azote de los esquiladores de los infelices pecheros, eran razones suficientes para que se mirasen cual titulo de gloria unos hechos que, destruidas felizmente las causas que los hacian tolerables, no pudieron menos de llevar consigo en adelante la afrenta y reprobacion comun.

A los famosos caballeros andantes no se los puede considerar de otro modo; el Cid castellano, levantando bandera por cuenta propia y á disgusto de su rey, aunque sin ofenderle con sus armas, nos admira por sus hazañas, aunque perteneció á la misma clase de batalladores de que venimos dando noticia, y el reino de Portugal debió su principio á un conde intrépido, mal avenido siempre con su monarca, que ciñó la diadema cuando su astucia y grandes hechos le dieron el prestigio y fuerza necesarios para declararse independiente.

Tan arraigada se hallaba esta costumbre, especialmente en la corona de Aragon, que vemos á Roque Guinart en la segunda parte del Quijote, ser capitán de bandidos por vengar cierto agravio que se le hizo, y á pesar de esto seguir amistad y correspondencia con muy discretos y principales caballeros de Barcelona, suposicion que no se hubiera permitido el claro ingenio de Cervantes á estar reñida con las ideas y uso general.

Demos punto á las citas, omitiendo las razones en que pudieran apoyarse, por no ser esta ocasion conveniente para ello, cuando sucesos harto peregrinos acusan la tardanza en terminar la verdadera historia que hemos tomado á nuestro cargo.

Queriendo por entonces el rey don Jaime el Conquistador pasar desde Valencia á Mompeller, determinó fuesen desalojadas las escuadras de foragidos de las escabrosas fraguras interpuestas en el camino, donde tenian asentados sus cuarteles, pues mal podia tan belicoso capitán, tolerar á ninguna clase de gente armada, por acreditado que fuese